

## Los Campos Salvajes. La pugna por las fronteras en el Oriente de Europa

## The Wild Fields: The Struggle for Borders in Eastern Europe

Francisco José VEIGA RODRÍGUEZ  
Universidad Autónoma de Barcelona  
Francesc.Veiga@uab.cat  
<https://orcid.org/0000-0002-8631-1277>

Fecha de recepción: 08-01-2024  
Fecha de aceptación: 18-03-2024

### RESUMEN

El presente artículo explica cómo han evolucionado los límites orientales de la Europa moderna y contemporánea a partir de la constitución de los grandes imperios del Este, el ruso, el otomano y el persa, que bloquean las rutas hacia Asia central y oriental. Establecida una frontera militar estable con el Imperio otomano hacia finales del siglo XVIII, la instauración de la República de Turquía en 1923, su neutralidad, durante la Segunda Guerra Mundial afianzó esa posición, que quedó consolidada con su inclusión en la OTAN, ya en 1952. Mientras tanto, la enormidad del Imperio ruso generó reacciones de rechazo hacia su inclusión como un miembro más de Europa, lo que tuvo que ver con toda una serie de “cruzadas de desconexión” entre los siglos XIX y XXI, precisamente en aquellos momentos en los que alguna potencia o grupo de ellas pretendía tomar las riendas de la hegemonía continental.

**Palabras clave:** Frontera oriental, Cuestión Oriental, cruzadas, globalización, hegemonía  
**Topónimos:** Europa Oriental, Rusia, Ucrania, Polonia, Turquía  
**Periodo:** siglos XVI a XXI

### ABSTRACT

This article explains how the eastern limits of modern and contemporary Europe have evolved since the constitution of the great Eastern empires. These, the Russian, the Ottoman and the Persian, blocked the routes to central and eastern Asia. With the Ottoman Empire, a stable military border was achieved towards the end of the 18th century. The founding of the Republic of Turkey in 1923, neutral during the Second World War, consolidated this situation, which was consolidated with its inclusion in NATO, as early as 1952. Meanwhile, the enormity of the Russian Empire generated reactions of rejection towards its inclusion as another member of Europe. This had to do with a whole series of “disengagement crusades” between the 19th and 21st centuries. Just in those moments in which some power, or group of them, sought to take the reins of continental hegemony.

**Keywords:** Eastern border, Eastern Question, crusades, globalization, hegemony.

**Place names:** Eastern Europe, Russia, Ukraine, Poland, Türkiye

**Period:** 16<sup>th</sup> to 21<sup>th</sup> centuries

## 1. INTRODUCCIÓN

Los Campos Salvajes son una extensión de tierras que forma parte de la denominada estepa pónica y se extiende coincidiendo con la actual Ucrania Oriental y Sudoriental, incluyendo Moldavia o Besarabia. Durante siglos fue un territorio que nadie controlaba. La Rus de Kiev intentó su colonización, pero los pueblos nómadas de la zona y de más al Este lo hicieron muy difícil. La llegada del cataclismo mongol, en el siglo XIII, destruyó la Rus de Kiev y convirtió a los Campos Salvajes en zona de guerra entre la Horda de Oro y las huestes del Gran Ducado de Lituania, única fuerza capaz de enfrentarse por entonces con los mongoles en esa zona. Ya en el siglo XIV, los tártaros sucedieron a la Horda de Oro, se establecieron en Crimea y, con el tiempo, pasaron a convertirse en vasallos del Imperio otomano en expansión. Así, durante años y años, los Campos Salvajes continuaron siendo frente de batalla, incorporando ya al Gran Ducado de Moscovia, que había tomado el relevo a la Rus de Kiev, y contra el cual los tártaros del Janato de Crimea lanzaban potentes incursiones. Esos guerreros y campesinos, que basaban la defensa del territorio en poblados organizados militarmente, operaban en los confines.

Transcurridos cinco, seis siglos, los Campos Salvajes siguen siendo un enorme territorio de luchas entre potencias, tierras de *sichs*, fortalezas, abatases, trincheras y minas, cosacos, mercenarios y hombres de guerra. Como entonces, hoy mueren miles de combatientes en el interminable intento de definir hasta dónde llegan las fronteras de Europa. Pero no es el único frente: países y regiones enteras son la “puerta de Europa”, el “puente entre Europa y Asia”, incluyendo los Balcanes, Asia Menor y el Cáucaso y, sobre todo, la enorme Rusia.

A lo largo de la Historia contemporánea, los Campos Salvajes han estado presentes en los enfrentamientos que han acompañado a la definición de los cambiantes límites orientales de Europa, como una suerte de referente trágico.

## 2. EL MAGMA ORIGINAL

Desde un punto de vista geográfico, Europa no es un continente en sí mismo, sino que es una prolongación peninsular de la masa continental asiática, como la península arábiga, la India o el Sudeste asiático. Paul Kennedy matiza esta cruda constatación de una forma bastante eficaz, insistiendo en que el paisaje europeo marca una diferencia decisiva con Asia: “Mucho más fracturado, con cadenas montañosas y grandes bosques que separaban los dispersos centros de población de los valles”. Esa orografía tuvo una serie de consecuencias decisivas, porque, para empezar, dificultaba el establecimiento de un control unificado, incluso en manos de un jefe militar poderoso y decidido, y al mismo tiempo minimizaba la posibilidad de que el continente fuera invadido por una fuerza externa como las hordas mongolas<sup>1</sup>.

El problema reside en que el origen de la cultura europea está muy ligada a Oriente. Existía una colonización griega de las tierras del Nilo, que la dinastía ptolomeica convirtió en Imperio helenístico desde el 323 al 30 a. de JC; y que, aparte del actual Egipto y parte de Libia, incluía Chipre y el Sudoeste de Anatolia. El Imperio romano de Oriente incorporó toda esa península, que hoy es Turquía. Qué decir del mismo cristianismo, nacido en Oriente

<sup>1</sup> Kennedy, 2006: 49

Próximo y que siglos después definiría a Europa, a ojos de los pensadores más conservadores. Actualmente, grupos de ultraderecha germánicos, escandinavos y rusos, reivindican a los dioses paganos, anteriores al cristianismo, al que ven como una religión básicamente judía y nada europea.

Parte de la cultura esencialmente europea nace, paradójicamente, en el mismo seno de lo que más tarde sería la actual frontera, o incluso más allá; y lo hace a caballo de guerras, invasiones y cruzadas que buscan “europeizar Asia” o, como mínimo, mantener un rentable intercambio comercial a través de la Ruta de la Seda.

Ese vaivén, esa fluidez familiar en las relaciones con Asia se esclerotiza y termina por calcificarse a partir de los siglos XVI-XVII, con la aparición de los grandes estados del Este: el Imperio ruso, el otomano y el persa. Por entonces, lo que podríamos denominar frontera oriental de Europa era un gigantesco magma, no todavía un límite concreto. La expansión otomana parecía marcar un confín en progresión, que no retrocedió hasta finales del siglo XVII. Pero lo cierto fue que el Imperio otomano logró conservar en el tiempo una especie de Imperio Romano de Oriente, algo así como una “Europa asiática” que se superponía a la primitiva Europa helénica surgida en torno al límite situado en el Mediterráneo oriental, incluyendo Egipto, Anatolia y Persia. A ello le ayudó la incapacidad del catolicismo -el antiguo Imperio Romano de Occidente- de acceder a esa zona, algo a lo que contribuyeron, de forma decisiva, las guerras de religión.

Más allá de esa zona de guerra, Moscovia se convertía en Rusia e iba camino de transformarse en Imperio en combate, también, contra el Imperio otomano, los tártaros, la Mancomunidad de Polonia-Lituania y Suecia. Pero las guerras de los siglos XVI a XVIII no erigieron una Frontera del Este con respecto a una Europa que seguía sin configurarse como tal, ni siquiera con conciencia de sí misma. Las contiendas de Rusia contra polaco-lituanos y suecos eran asuntos de esas potencias, no implicaban a los occidentales en ellas.

Lo que sí generaron estas peleas del gran magma en los Campos Salvajes fue un enorme tapón que bloqueó la Ruta de la Seda durante varios siglos. Tanto la problemática conformación del Estado ruso, con sus respectivas guerras, como la fallida expansión del Imperio otomano hacia el Asia Central, fueron cortando caminos hasta que las guerras del Imperio otomano contra la Persia Safávida cerraron definitivamente esa importante frontera a cal y canto.

Así que en el indefinido Este, lo que predominaba era el bloqueo, más que la frontera. Europa quedaba separada de Asia por vía terrestre, ligándose más a la expansión ultramarina. Entre los siglos XVI y XVIII, la apertura a América dominaba los asuntos del continente, hasta el punto de terminar creando allí réplicas culturales de Europa.

### **3. ESTRATEGIA NAPOLEÓNICA DE CONTENCIÓN Y DESCONEXIÓN DE RUSIA**

La Revolución Francesa lo puso todo patas arriba, metiendo al Imperio ruso de lleno en los asuntos europeos como una potencia más, luchando contra Napoleón junto a prusianos y austriacos, y repartiéndose con ellos lo que quedaba de Polonia, en 1795. Por supuesto, no era la primera vez que Rusia, como gran potencia, intervenía en las grandes contiendas europeas del siglo XVIII, especialmente en la Guerra de los Siete Años (1756-1763). Pero es Napoleón quien le da forma, de manera totalmente intencionada, a la primera gran frontera europea del Este, con el Tratado de Tilsit, el 7 de julio de 1807.

No es un asunto que haya atraído a los estudios especializados. Tilsit suele ser tratado en sus objetivos meramente circunstanciales. Por entonces, poco más de dos semanas antes, Rusia acababa de ser vapuleada en el campo de batalla de Friedland por las imparables tropas napoleónicas. Desde el punto de vista ruso, Tilsit fue una paz que duró cinco años, más que una tregua temporal, y ello sin pagar demasiado como vencidos, esto

es, en cesiones territoriales e indemnizaciones de guerra<sup>2</sup>. Más allá de eso, los logros eran ambivalentes, puesto que el zar Alejandro lograba aparecer como cómplice del descuartizamiento de Prusia -fue la única manera en que Rusia pudo echar una mano a su derrotada aliada-, pero, a cambio, sus provincias polacas fueron convertidas en un proto-estado, el Ducado de Varsovia, entregado en cuerpo y alma a Napoleón<sup>3</sup>, y que invalidaba, al menos en parte, la obra destructiva que habían llevado a cabo sobre Polonia sus vecinos Austria, Prusia y Rusia, en 1795.

Lógicamente, Napoleón obtuvo mayores beneficios; pero, sobre todo, sus directrices dibujaban un plan muy ambicioso y sofisticado. El objetivo principal radicaba en detener la influencia rusa en Europa. Para ello, Tilsit venía a ser el plan de un reparto continental a escala eurasiática. Francia quedaba como potencia hegemónica en Europa, mientras que a Rusia se le cedía Oriente. Eso significaba libertad para anexionarse las colonias británicas en la India<sup>4</sup>, pero, sobre todo, mano libre con el Imperio otomano, que era un objetivo central, muy importante para Rusia desde la misma caída de Constantinopla en 1453, que la célebre carta sobre la profecía de la Tercera Roma del monje Filoféi de Pskov convirtió en objetivo imperial preeminente y, con el tiempo, en pieza central de la mitología nacionalista rusa. Entre 1768 y 1774, Catalina II la Grande había obtenido una aplastante victoria contra el Imperio otomano, de resultas de lo cual, el sur de la actual Ucrania, en poder de los tártaros, pasó a formar parte del Imperio ruso, mientras el Janato de Crimea se independizaba y se convertía en un Estado títere de los rusos, hasta ser ocupado completamente en 1783. Esa guerra formaba parte un rosario de conflictos entre rusos y otomanos, que había llevado a estos a perder importantes territorios poblados por musulmanes y a la desastroso Tratado de Küçük Kaynarca (1774), que marcaba el principio del fin del Imperio otomano, transformándolo en el Hombre Enfermo de Europa.

En consecuencia, Napoleón no objetaba esa “misión imperial” al zar Alejandro en Tilsit, lo cual, en teoría, podría convertir a Rusia en una superpotencia heredera de Bizancio, caso de llegar a tomar Constantinopla. Pero, fuera como fuera, Rusia sería un Imperio Oriental, y ahí estaría la frontera de Europa que Rusia seguiría construyendo por su cuenta, sustituyendo al Imperio otomano.

Al mismo tiempo, también en Tilsit, Napoleón coronó su estrategia antibritánica al obligar a Rusia a unirse al Bloqueo Continental, con lo que ello significaba de la exclusión de barcos y mercancías británicos de los puertos rusos. Esa estrategia de guerra económica era la lógica tras el fracaso de la campaña militar napoleónica en Irlanda (1805-1806), y las derrotas navales de Cabo Finisterre y Trafalgar (1805). Pero iba más allá, pues a largo plazo intentaba contrarrestar el impulso de ese proyecto de Europa atlántica, impulsado inicialmente por el Reino Unido -y el apoyo que pudiera dar Portugal- y que ya se manifestó en la Guerra de Sucesión Austriaca (1740-1748) con el protagonismo británico en las guerras franco-indias, la Guerra del Asiento (en el Caribe) y la Primera Guerra Carnática, en la India; y que continuó en la Guerra de los Siete Años (1756-1763), en que de nuevo los británicos

2 Lieven, 2009: 70

3 *Ibidem*

4 A comienzos del siglo XIX, el zar Pablo proyectó invadir la India con apoyo francés. En 1800, la ocupación británica de Malta indignó al zar, que ostentaba el título de Gran Maestre de los Caballeros Hospitalarios. En consecuencia, le propuso a Napoleón el proyecto, conocido como la “marcha india del zar Pablo”. Estaba modelado sobre la expedición del Corso a Egipto en 1798. Pero éste declinó el ofrecimiento. La expedición, puesta en marcha unilateralmente por los rusos en 1801, concluyó prematuramente con la muerte del zar. Posteriormente, Napoleón propuso al zar Alejandro retomar el proyecto, lo que alarmó a los británicos y contribuyó a desencadenar el Gran Juego. Vid. Hopkirk, 2006: 17-18 y 44-48.

desarrollaron una amplia campaña que llevó la lucha a Norteamérica, Centroamérica, en la costa occidental de África, la India y las Filipinas.

De esa forma, en Tilsit se estableció una gran frontera para el Este, de acuerdo con Rusia, y un intento de frontera aislante dirigida contra Gran Bretaña como potencia atlántica. Como es sabido, esa doble estrategia colapsó; pero en el caso de Rusia, ello creó un doble precedente. De un lado, por primera vez se había formalizado la imagen de un Imperio ruso como una entidad gigantesca, inabarcable, que se extendía por parte de Asia y que, por ello, resultaba incómodo para ser integrado en la pequeña Europa. Pero ese planteamiento venía conjugado, además, con el nacimiento del nacionalismo europeo, tributario del nacionalismo político, que maduró precisamente durante las guerras napoleónicas. Ese nacionalismo europeo dependía, por entonces, de la sujeción hegemónica a los planes de Francia, lo cual cuajó en la invasión de Rusia en 1812. En efecto, si bien la Grande Armée francesa constituyó el grueso de la fuerza invasora de 691.500 hombres, se incluyeron ahí tropas austríacas, prusianas, italianas, polacas, suizas, portuguesas, españolas, belgas y alemanas de diversa procedencia: bávaras, westfalianas y de los pequeños estados del Rin.

La invasión napoleónica de Rusia fue la primera de las “cruzadas de desconexión”<sup>5</sup> contra ese enorme país, que continuó con la guerra de Crimea (1853-1856), la intervención en la Revolución rusa (1918-1920) o la cruzada nazi (1941-1945), una serie de pugnas que han terminado por desembocar en un nuevo conflicto, ya en el siglo XXI, de gran envergadura, aún no resuelto, y que en apariencia vuelve a ser una pugna por las fronteras orientales de Europa, incluyendo Ucrania, pero también Próximo Oriente, con la tragedia de Gaza en primer plano.

Aunque los argumentos puntuales para la guerra han variado en cada caso, lo que siempre subsiste, como trasfondo de la agregación para la cruzada es el liderazgo de una potencia o grupo de potencias que deciden, en un momento dado, que Rusia no forma parte de Europa, que no tiene encaje posible y que sólo cabe aplicarle un correctivo o desmontarla en piezas. O, al menos, en una Rusia más europea, a este lado de los Urales, y otra decididamente asiática, al Este de esa cadena montañosa. Lo cierto es que en cada cruzada siempre existe cierta tendencia a considerar que Rusia necesita ser anulada como potencia, desconectada radicalmente de Europa, y ello es evidente en sí mismo.

Napoleón, en sus memorias, lo dejaba bien claro:

Yo tenía bien calculado que la extensión de Rusia era demasiado vasta para poder entrar nunca en el sistema europeo que acababa de formar; y cuyo centro debía ser siempre Francia. Veía que era preciso excluirla de Europa, para que no alterase, por su masa, el equilibrio del sistema, y que era igualmente indispensable dar al nuevo Estado político fronteras bastante fuertes, para poder resistir al peso de esta potencia. Veía, en una palabra, que era preciso reducir Rusia a lo que cien años antes había sido. Ahora, solo mi Imperio, por su extensión y su poder, era capaz de hacer un desplazamiento semejante. Y me parecía entonces tan posible, como me parece aún hoy que era también el único medio de liberar Europa de los cosacos. Para el buen éxito de este plan había pensado restablecer

5 El término “cruzada”, utilizado en nuestros días de para denominar a cualquier campaña u ofensiva contra un enemigo poderoso o complejo, agrupando a fuerzas diversas, comprometidas con el empeño común (ej.: “cruzada contra la droga”, “cruzada contra el terrorismo”, “cruzada contra el bolchevismo”, etc.) Se utiliza aquí en un contexto histórico mucho más adecuado, por cuanto las cruzadas históricas constituyeron un primer intento por marcar unos límites orientales en Europa, basados en la ideología dominante en la época, que era de matriz religiosa. Eso no quiere decir que las “cruzadas de desconexión” de la era contemporánea tuvieran necesariamente esa base, si bien es cierto que la religión cristiana se ha utilizado en épocas diversas e incluso actualmente, como uno de los identificadores de la cultura europea.

Polonia sobre una base ya dispuesta; batir después a los rusos, y hacerles aceptar, de grado o por fuerza, las fronteras que les trazase con la punta de la espada. Rusia hubiera podido aceptar sin deshonra la paz que fijase estas fronteras, porque era una confesión tácita de su fuerza, y un verdadero testimonio de temor por nuestra parte. Colocada Rusia de este modo fuera del radio de la confederación europea, y separada de ella por trescientas mil bayonetas, hubiera podido renovar con Inglaterra sus antiguas relaciones y conservar su independencia, su integridad, o su existencia política, que a partir de entonces nos hubiera sido tan indiferente como la del reino de Tíbet<sup>6</sup>

#### 4. LA CUESTIÓN ORIENTAL

Una vez derrotado Napoleón, definitivamente, Rusia emergió como una potencia de importancia capital para la Europa de la Restauración. Lo cual quedó plenamente reconocido con la creación de la Santa Alianza en 1815, que reunía a las tres grandes monarquías absolutas de Europa: Rusia, Prusia y Austria, conjuradas para contener al liberalismo y al secularismo surgidos de la Revolución francesa. Por lo tanto, había desaparecido la frontera del Este y Rusia volvía a participar en los asuntos europeos; y además, con pretensiones hegemónicas. De hecho, en la Santa Alianza quedaban unidas la ortodoxia, el catolicismo y el protestantismo, las tres grandes corrientes religiosas continentales, y eso poseía un componente unificador.

Esta situación era muy novedosa, por cuanto suponía la integración de Rusia como parte de Europa, por primera vez en la Historia. En efecto, esa potencia iba a tener capacidad de arbitraje e intervención en los asuntos del continente hasta 1856. Esa posibilidad no iba a manifestarse de forma muy relevante, con la excepción de la intervención militar contra los rebeldes nacionalistas en el Imperio Habsburgo, en 1848. Pero suponía abolir la frontera del Este, ideada por Napoleón, cambiándola por el concepto de “Europa euroasiática”, que progresivamente se enfrentaría a la “Europa atlántica”.

Las diferencias entre ambas categorías evolucionarían en el tiempo, incluyendo también un número de países variable según las épocas. El origen y núcleo de la “Europa atlántica” está en Gran Bretaña, volcada hacia el Atlántico -lo que incluirá su relación los Estados Unidos<sup>7</sup>-, un expansionismo fundamentado en el comercio marítimo, la industrialización y el colonialismo, con un régimen liberal basado en la monarquía parlamentaria y la separación de poderes. La “Europa euroasiática”, por el contrario, se refiere a los países regidos por un estado dominado por una pirámide de poder centralizada, monarquías absolutas y autocracias. Con el tiempo fueron evolucionando hacia un modelo democrático-liberal más o menos asumido o involucionando hacia el modelo de estado iliberal, autoritario o nacionalsocialista. Pero, en cualquier caso, conservarán la tendencia a promover el Estado providencial. La dinámica expansionista, en un contexto de economía agrícola, ganadera y de comercio terrestre, estará basado en ese mismo modelo centralizado, a diferencia de lo que históricamente, y en líneas generales, ha venido sucediendo con el expansionismo de los países atlánticos. Más que de bloques compactos de países, se debe considerar, como representantes de cada una de las tendencias, a potencias que puntualmente marcan la tendencia como representantes del modelo “atlántico” o “euroasiático”. Por ejemplo, Francia ha vivido periodos históricos como potencia atlántica, como durante su Revolución; pero durante las guerras napoleónicas fue el gran adversario de Gran Bretaña como potencia

<sup>6</sup> Bonaparte, 2022: 141.

<sup>7</sup> Holanda y Dinamarca formarán parte de este primer grupo.

atlántica, en la medida en que sus intereses estratégicos estaban marcadamente centrados en el continente y su régimen político era cesarista<sup>8</sup>.

La grieta en la arquitectura de la Europa de la Restauración tuvo lugar, como se sabe, en la guerra de independencia griega de 1821-1827; un conflicto relacionado, también, con las fronteras orientales de Europa. Su arranque fue paradójico: el zar Alejandro se abstuvo de intervenir en apoyo de los griegos -lo cual llevó al fracaso de la primera fase de la insurrección- porque subordinó los objetivos históricos del Imperio ruso -la aniquilación del Imperio otomano y la reconquista de Constantinopla- al papel de Rusia como parte de Europa y garante de la Restauración.

Pero la resistencia de los insurrectos, unida a la dureza de la represión por las tropas otomanas y egipcias, desató un vendaval inesperado: el filohelenismo, una variante del nacionalismo romántico que se había estrenado durante las guerras napoleónicas: el pueblo luchando por su libertad contra el tirano, igual que habían hecho, por cierto, los campesinos rusos contra Napoleón, pocos años antes. El filohelenismo terminó siendo una cuña en el sistema de la Restauración, liderada por Gran Bretaña con el apoyo de una Francia que vio la oportunidad de retornar a figurar como potencia en el tablero europeo, aún bajo Luis XVIII, pero viviendo un inevitable proceso de transformación política y social interno. El apoyo inicial a los rebeldes, vehiculado por el movimiento filoheleno, terminó con la intervención directa de una escuadra franco-británico-rusa que hundió la flota turco-egipcia en Navarino, en 1827, y precipitó la independencia de Grecia.

Visto con la perspectiva de dos siglos, todo este proceso apuntaba al levantamiento progresivo de una gran frontera para Europa del Este. Los vencedores de las guerras napoleónicas consideraban que el Imperio otomano formaba parte del sistema de la Restauración, por lo que atacarlo socavaba el sistema; y también lo hacía el ayudar al nacimiento de nuevas naciones independientes en los Balcanes. Eso incluso suponía darle la vuelta al sentido político original de la revuelta. El discurso de los filohelenos no era ya el de Ipsilanti; no se trataba de crear un nuevo Imperio bizantino interbalcánico que incluiría una Constantinopla reconquistada. Por el contrario, la intelectualidad filohelena europea generó un nacionalismo griego que conectaba con la Grecia clásica, “cuna de Europa” y era básicamente antiasiático<sup>9</sup>. De nuevo Grecia contra Persia, el mito de los 300 y la gran revuelta

8 Hay una abundante bibliografía sobre los orígenes y desarrollo de la Europa atlántica, escrita por historiadores tan clásicos como Ralph Davis, Jacques Godechot, Geoffrey Treasure, Paul Kennedy o Patrick Griffin, entre otros posibles, y que asocian su aparición al comercio trasatlántico, el colonialismo y su expansión -especialmente durante la Guerra de los Siete Años- la Revolución americana y la Revolución industrial. Los países que no participaron de este conjunto de fenómenos han quedado catalogados globalmente como de Antiguo Régimen, pero esa categorización no es suficientemente satisfactoria para todo el siglo XIX, aunque aceptemos los postulados de Arno Mayer, 1984. Con todo, la categorización de Europa eurasiática utilizada en este trabajo no hace mención a ninguna forma de “destino de integración” en los modernos constructos del nacionalismo eurasiático impulsados desde Rusia en años recientes. Vid, una amplia discusión en Lane and Samokhvalov, 2015.

9 Con la llamativa excepción de lord Byron, que no sólo simpatizaba con los griegos, sino también con la matriz cultural otomana en la que estaban inmersos a comienzos del siglo XIX, la gran mayoría de los filohelenos mantenían una visión cándida y distorsionada de aquellos a quienes intentaban ayudar. Con todo, aunque inicialmente “la causa filohelénica fue uno de los primeros ejemplos de intervención humanitaria internacional, una idea con la que el mundo se familiarizaría a medida que avanzaba el siglo” (Mazower, 2021: 236), lo cierto es que los intelectuales filohelenos contribuyeron a darle una orientación moderna a la causa de los insurrectos, puesto que en los años iniciales de la insurrección, “la extensión geográfica de Grecia era sorprendentemente indeterminada incluso en las mentes de los propios griegos, quienes de hecho no lanzaron su levantamiento con demandas territoriales muy específicas en mente. Vivieron en una era en gran medida prenatal, moldeada por el ejemplo del imperio e inspirada por la promesa de redención y liberación, más que por la tierra y las fronteras” (Mazower, 2021: XXVI).

jonía. Esas imágenes, sublimadas en el mito de Néstor/David contra Ereuthalion/Goliat se repetirían en sucesivos procesos de insurgencia nacionalista en los Balcanes durante los siglos XIX y XX, generando ese fenómeno que durante el siglo XIX se denominó Cuestión Oriental, con su secuela de crisis intermitentes que irían expulsando al Imperio otomano del Viejo Continente, convirtiéndolo en “asiático”, al confinarlo en Anatolia y Oriente Medio, a la par que implicaba al Imperio ruso en expansión.

De entrada, en cumplimiento de los acuerdos que implicaba la Restauración, las tropas rusas no actuaron en apoyo de los rebeldes griegos, lo que provocó su primera derrota y el fracaso del plan inicial para sublevar todos los Balcanes a fin de recrear el Imperio bizantino. El zar Alejandro había dado seguridades al líder griego insurrecto Alexandros Ipsilantis de que acudirían su ayuda y apoyaba un proyecto que era de matriz rusa. Pero, en el último momento, se quedó al margen.

Si lo hizo así, fue porque consideró que el mantenimiento del sistema de la Restauración y el nuevo papel de Rusia, como faro moral y referente de Europa, primaban sobre el viejo proyecto bizantino del Imperio ruso. Algo similar había sucedido cuando, después de Tilsit, Alejandro retiró el apoyo militar a los insurrectos serbios en lucha contra el Imperio otomano. Para este zar, al menos, la “misión europea” de Rusia era lo más importante. Pero en Navarino, el proyecto de Europa euroasiática quedó marginado ante el empuje de la Europa atlántica, al cual se había sumado Francia.

En los Balcanes, ese esquema se iba a repetir una y otra vez siguiendo unos patrones invariables que contemplaban, como se acaba de apuntar, la insurgencia de algún grupo nacional, seguido de la represión por los otomanos o naciones vecinas, que concluía en la intervención supuestamente mediadora o punitiva de las potencias europeas, bien *manu militari*, o mediante presiones diplomáticas directas. Así, hay toda una lista que une Navarino 1829, con Kosovo 1999 o Macedonia 2001; pasando por el Congreso de Berlín en 1878; Creta 1897; el Programa de Mürzsteg en 1903; el castigo austriaco a Serbia en 1914; la invasión y remodelación nazi-fascista de todo el Sudeste europeo, o la intervención anglo-americana en la guerra civil griega de 1946 a 1949. Todo ello ha hecho de los Balcanes la región europea que más intervenciones exteriores ha soportado a lo largo de la Historia contemporánea<sup>10</sup>.

La guerra de independencia griega terminó por devolver al Imperio ruso a los designios tradicionales, con motivo de la contienda que estalló en la primavera de 1828, y que a punto estuvo de liquidar al Imperio otomano, a pesar de que, en un principio, los objetivos de guerra rusos habían sido limitados<sup>11</sup>. Alejandro había fallecido y el nuevo zar Nicolás no tenía las ideas tan claras como su antecesor. La guerra llegaba con retraso: la había pensado Alejandro para 1825, poco antes de sobrevenirle la muerte. Su sucesor no quiso arriesgarse y se lanzó a sacar tajada tras la batalla de Navarino y con el Ejército otomano en plena reorganización, tras la liquidación de los jenízaros, en 1826.

En esta olvidada guerra no terminaron de quedar claros los objetivos finales de Nicolás. Según Alexander Bitis, fueron inicialmente limitados, aunque la ampliación de los derechos de los cristianos de los Balcanes (Principados Danubianos, Bulgaria, Serbia), la demolición de varias fortalezas sobre el Danubio, nuevas delimitaciones de fronteras, la cesión de los puertos de Anapa y Poti en el Cáucaso y una indemnización de guerra, ya hubieran dejado claro que Rusia iba a ser el nuevo árbitro en los Balcanes. Pero es

10 El autor ha expuesto en diversas ocasiones los mecanismos intervencionistas en los Balcanes. Vid., por ejemplo, Veiga, 2001: 27-68; o Veiga, 2022: 278-281. Para un excelente estudio sobre la matriz de todo ello: Mazower: 2021.

11 Bitis, 2005: 510-511.



que, además, la campaña militar fue desastrosa para los turcos, y aunque la ofensiva rusa avanzó a trompicones, la ofensiva combinada por Anatolia y los Balcanes hubiera podido cascar al Imperio otomano como una nuez. Bien porque los resultados estratégicos de esa guerra le venían grandes al zar Nicolás; o porque la presión de las potencias occidentales -en especial, Gran Bretaña- evitó que se cumpliera la amenaza, lo que quedó claro fue que, de ahora en adelante, Rusia podía convertirse el verdugo del Imperio otomano; y eso en cualquier momento.

Esta posibilidad volvió a poner patas arriba la cuestión de las fronteras orientales de Europa. En Tilsit, Napoleón había dejado claro que debía evitarse una rebatiña por el Imperio otomano. Frágil como estaba, constituía una frontera a respetar. Ya no era un peligro para Europa; el problema estaría en pelearse por sus restos. La aceptación de Rusia como potencia garante del orden de la Restauración iba en el mismo sentido que la fórmula napoleónica. De ahí la alarma que causó la guerra de 1828-1829. Los británicos estaban particularmente sobresaltados: la destrucción del Imperio otomano convertiría a Rusia en una superpotencia que controlaría Oriente Medio y el Mediterráneo oriental. Ya había comenzado el Gran Juego entre el Imperio ruso y el británico en Asia Central, que atravesaría todo el siglo XIX. Así que un nuevo “Superimperio bizantino” les traería desastrosas consecuencias. Por ello, durante las décadas que siguieron, se convirtieron en los defensores del Imperio otomano frente a Rusia. Paradójicamente, la Europa atlántica iba a fundamentarse en los imperativos británicos en defender sus intereses expansionistas y comerciales, y no tanto por impulsar un proyecto europeo, incluyendo en ello sus fronteras orientales.

## 5. CRIMEA: EL SEGUNDO INTENTO DE DESCONECTAR CON RUSIA

El desarrollo de esa política iba a llevar a la segunda cruzada de desconexión contra Rusia, esto es, la guerra de Crimea. Resulta curioso comprobar cómo los grandes textos clásicos (Taylor, Binkley, Renouvin) difieren sobre las causas que llevaron de forma directa a la guerra. La tendencia es a considerarla una guerra “accidental”, “casual”; pero no es así. El enrevesado, y a ratos banal, embrollo diplomático en torno a la protección de los Santos Lugares, en Jerusalén, traducía un temor real a que el Imperio del zar blandiera el ascendente religioso, como futuro Imperio bizantino, para desmontar el Imperio otomano. En realidad, más o menos resuelto en conflicto religioso administrativo en torno a los Santos Lugares, en mayo de 1852, continuó latente e *in crescendo* la tensión entre las grandes potencias en relación con las fronteras orientales, a partir del destino del Imperio otomano.

La situación se complicó cuando, en enero de 1853, el mismo Nicolás I, volvió a recuperar las propuestas de división del Imperio otomano entre las principales potencias europeas a la manera en que lo había hecho la zarina Catalina la Grande en su viaje a Táuride, en 1787. Esta vez, el zar ruso lo hizo con menor convencimiento, más como un globo sonda que con la intención real de quien tiene un plan pensado. De hecho, las adjudicaciones de determinados territorios, como Creta, variaron en las semanas siguientes. Por su parte, A.J.P. Taylor argumentaba que Rusia no albergaba ningún interés en despiezar al Imperio otomano, que le servía como un *buffer state* para asegurar el Mar Negro<sup>12</sup>. Fuera un globo sonda o un intento de separar a franceses e ingleses y atraerse a los austriacos, lo cierto es que Nicolás consiguió el efecto opuesto, con la ayuda del embajador británico en Estambul.

Los ingleses se tomaban muy en serio la posibilidad de que Rusia se zampara al Imperio otomano; fueron los principales impulsores de lo que hoy denominaríamos una guerra preventiva, con la ayuda de nuevas fuerzas que estaba emergiendo en Europa, tales como el nacionalismo francés y el italiano, que al final contribuyeron a una especie

12 Taylor, 2013: 49 y 50-51.

de *remake* a escala reducida de la cruzada de 1812, con un Napoleón III muy interesado en recordar las gestas del Primer Imperio en el recién constituido Segundo Imperio. Muy significativamente, el nuevo himno de Francia ya no sería *La Marsellesa*, sino *Partiendo para Siria*, compuesto en 1807 por Hortensia de Beauharnais, hijastra de Napoleón I y madre de Napoleón III. Por supuesto, los turcos también enviaron sus tropas. Pero, sobre todo, quien lideraba la aventura era la Gran Bretaña, dispuesta a capitanear las fuerzas que fueran necesarias para destruir el ascendiente ruso en Europa -renovado al contribuir al aplastamiento de las revoluciones de 1848- y evitar que, tarde o temprano, diera el golpe de gracia a los turcos.

Cuando estalló, la guerra, en su estrategia, resultó ser una continuación de las guerras del Opio en China (1839-1860). Contienda muy circunscrita a la costa y los fuertes del adversario, se centró en la anulación de la base naval de Sebastopol, desde la que Rusia organizaba su control del Mar Negro y presionaba sobre el Imperio otomano. Liderada militarmente por Gran Bretaña, fue una guerra característica de los comienzos del imperalismo. Fue una “guerra inteligente”, más que masiva, que intentaba provocar un efecto paralizante sobre el país atacado, y no una invasión al viejo estilo. Lo cual resultaba imposible de llevar a cabo por el Ejército británico en solitario, ni siquiera con la cooperación, limitada, de las tropas francesas y exiguos contingentes piemonteses y turcos.

Como en las otras cruzadas contra Rusia, los aliados calcularon mal su capacidad de resistencia, cayendo víctimas de su propio triunfalismo. Por lo tanto, la guerra de Crimea duró dos años y medio, se convirtió en un conflicto de posiciones y asedios; y en conjunto, resultó mucho más dura de lo previsto, especialmente para Napoleón III, que no tenía allí los intereses de los británicos. El resultado fue ambivalente.

Quizás el logro más claro en cuanto a los objetivos buscados por Gran Bretaña fue la neutralización del Mar Negro, esto es, la prohibición de mantener en sus aguas flotas de guerra, lo cual evitaba que los rusos pudieran llegar a tomar los Estrechos<sup>13</sup>. El efecto de “deseuropeizar” a Rusia empujándola hacia Asia obtuvo algunos resultados, por cuanto esta potencia se centró, en años sucesivos, en completar la conquista y colonización del Asia Central. Pero, aun así, la diplomacia rusa continuó interviniendo en los Balcanes, con propuestas de todo tipo -por ejemplo, de federalización de los nuevos proto-estados-, hasta 1862<sup>14</sup>.

Al final, la guerra de Crimea sirvió más para desencadenar una revisión generalizada de las fronteras en el interior de Europa -sobre todo con las unificaciones de Italia y Alemania- que para replantear una gran frontera en el Este. Eso quedó patente cuando Bismarck creó la Liga de los Tres Emperadores (1872), en un intento de aislar a la derrotada Francia, pero también de evitar que se repitiera la Comuna de París. En tal sentido, la Liga era una repetición de la Santa Alianza, en su espíritu ultraconservador. Y de esa forma, Rusia recuperaba presencia en Europa.

El alcance de esa recuperación rusa se puso de manifiesto en la guerra de 1877-1878, cuando sus tropas rusas lanzaron una gran ofensiva a través de los Balcanes orientales, llegando cerca de Estambul y amenazando de nuevo con destruir el Imperio otomano. Ciertamente Bismarck desbarató los beneficios diplomáticos de la victoria rusa (Tratado de San Stefano) en el Congreso de Berlín, en el verano de 1878. Para lo cual se puso de acuerdo con Benjamín Disraelí: Gran Bretaña seguía intentando evitar el colapso del Imperio otomano. Eso parecía un nuevo intento de mantener a Rusia como una potencia de

13 Renouvin, 1998: 242.

14 Binkley, 1963: 182 y 190-193.

segundo nivel, subordinado a los intereses del hegemon europeo de turno. Era sabido que también Bismarck abogaba por convertir a Rusia en una potencia asiática, al margen de los destinos de Europa. Pero no en vano formuló la *Realpolitik* y de ahí que, para él, el secreto de la política internacional fuera hacer un buen tratado con Rusia.

## 6. EURASIA COMO CENTRO DEL MUNDO

Así que, durante años, en base a la política bismarckiana de mantener aislada a Francia, Rusia fue tolerada de buen o mal grado como una potencia europea: grande, incluso enorme, pero no inabarcable. Sus límites estaban en los Urales, y lo que había más allá, fuera Siberia o Asia Central, venía a ser territorio de colonias, como el que estaban obteniendo parte de las potencias europeas, en Asia o África, a finales del siglo XIX.

Pero ese punto de vista cambió bruscamente a partir de 1904, fecha de inauguración del ferrocarril transiberiano. Los 9.288 kilómetros de longitud de la línea férrea articularon como una columna vertebral todo el inmenso territorio del Imperio ruso. Conectó Siberia con Rusia central, San Petersburgo y Moscú con Vladivostok, y, de repente, las fronteras orientales de Europa ya no terminaron en los Urales, sino en el océano Pacífico y en China. Las connotaciones de ello fueron considerables, y el primero que se percató plenamente de ello fue el geógrafo británico Halford Mackinder quien, precisamente en abril de 1904, publicó el ensayo “The Geographical Pivot of History” en la revista *The Geographical Journal*<sup>15</sup>

Las reflexiones de Mackinder se encuadraban en una visión del mundo que ya anunciaba la globalización, pero bajo un constructo teórico muy característico de la Europa atlántica. En base a ello, el Viejo Continente quedaba subordinado a la gigantesca masa continental eurasiática, la “isla mundial” cuyo centro, la Heartland o Área Pivote, era la clave para controlar el mundo. Ello era debido a su inaccesibilidad frente al dominio de los mares por cualquier otro poder (léase Gran Bretaña, por entonces) y el aprovechamiento de los inmensos recursos de la zona.

La teoría era producto de la fascinación que Mackinder tenía por Rusia y la constatación de que el Transiberiano, aunque todavía era “una única y precaria línea de comunicación”, era sólo cuestión de tiempo que se desarrollara; y no haría falta esperar al final del siglo XX para ver toda Asia cubierta de ferrocarriles<sup>16</sup>. Por otra parte, aunque no hace mención a ello en su trabajo, estaba muy reciente la guerra ruso-japonesa y nadie esperaba que fuera a terminar en un desastre militar y una revolución social para los rusos.

Sin embargo, tras el desarrollo explicativo de lo que significaba para el mundo la nueva teoría sobre el predominio de Eurasia, latían ideas de fondo que no eran tan novedosas. El planteamiento de Mackinder incidía en la vieja idea de que Rusia era esencialmente más asiática que europea. “Rusia reemplaza al Imperio Mongol”, llega a afirmar. “Su presión en Finlandia, Escandinavia, Polonia o Turquía, sobre Persia, sobre la India, y sobre China, reemplaza a las expediciones centrífugas de los guerreros de las estepas”<sup>17</sup>. Así que la verdadera Rusia, que podría convertirse en una potencia mundial, era la que se identificaba con la Heartland. Y en el “gran creciente interior o marginal” estaba Europa, pero también el Imperio otomano (que por entonces englobaba el actual Oriente Medio), India y China. El que Mackinder denominada “creciente exterior o insular” englobaba a Gran Bretaña y los

15 Mackinder, 2004. Se trata de una edición facsímil conmemorativa de la obra original publicada por la misma revista, *The Geographical Journal*, pero en 2004. Se puede encontrar on line en PDF.

16 Mackinder, 2004: 434.

17 *Ibidem*: 436.

Estados Unidos, Sudáfrica, Australia, Canadá y Japón<sup>18</sup>, esto es, las potencias angloparlantes y su aliado japonés.

La derrota de Rusia ante Japón pareció contradecir temporalmente los argumentos de Mackinder. Pero en realidad, estos tuvieron un extraordinario alcance. Construidos en base a argumentaciones historicistas, etnográficas y geográficas, su valor radicaba en que ofrecía una explicación de los nuevos poderes en una primera globalización. La imagen de Rusia como el nuevo Imperio mongol, cuyas hordas amenazan permanentemente Europa, o el miedo a una alianza devastadora entre alemanes y rusos han subsistido hasta la actualidad, manejadas por una propaganda de guerra que sólo se ha modernizado en sus formas de distribución, no en sus argumentos macroestratégicos. que se utilizaron a lo largo de todo el siglo XX, en la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría.

### **7. LA TERCERA CRUZADA CONTRA RUSIA**

La temida alianza germano-rusa pareció hacerse realidad durante la Revolución rusa, con la firma del tratado de Brest-Litovsk, en marzo de 1918, entre las potencias Centrales y las autoridades bolcheviques. Como se sabe, los Países Bálticos, Polonia y Ucrania cayeron bajo el control de los alemanes y se llegó a temer que estos pudieran seguir avanzando, tomar San Petersburgo y Moscú y, quién sabe, continuar hasta los Urales.

Precisamente, para intentar establecer una nueva línea de frente, de forma que se pudiera recomponer alguna forma de régimen político ruso, alternativo al revolucionario, se llevó a cabo la intervención armada de las potencias aliadas, junto con otros auxiliares, hasta un total de catorce países; de nuevo se formaba una cruzada, la tercera, contra Rusia. Y como en el caso de las anteriores, supuestamente defensiva.

Hasta ese momento nunca había parecido tan real la posibilidad de descuartizar a Rusia. La guerra civil en ese inmenso territorio fragmentó durante algunos meses el antiguo Imperio e hizo de él un espacio en el que alternativas políticas, grupos étnicos, poblaciones y nacionalidades se multiplicaron, chocaron entre sí o se agruparon, entre los límites de la Europa oriental y los del Extremo Oriente Asiático. En cierta manera, la onda expansiva de la Gran Guerra desbloqueó el espacio eurasiático que había quedado compartimentado por los grandes imperios entre los siglos XVII y XIX. El resultado fue un enorme espacio magmático, que generaba una paradójica continuidad entre los nuevos estados de Europa oriental con la República China descompuesta en los feudos militares de los señores de la guerra, a través de la Siberia de Kolchak, el Emirato de Bujara, el Janato de Jiva, la República Socialista Soviética del Turquestán y la revuelta Basmachí. Sólo los avances del Ejército Rojo entre 1920 y 1923 reunificaron el antiguo espacio imperial en el nuevo Estado soviético y cerraron de nuevo, hasta 1991, el ámbito eurasiático.

De otro lado, existía una amplia “diagonal del desorden”, donde continuaban los combates y que afectaba directamente al conjunto de las fronteras orientales de Europa. Esa diagonal abarcaba desde Finlandia y los Países Bálticos, que luchaban para mantener su independencia, hasta el último resto del Imperio otomano que era Turquía, donde se combatía por el surgimiento de un nuevo Estado que cobraría la forma de una república en el territorio de Anatolia. La diagonal de los conflictos incluía Ucrania, las fronteras balcánicas y el Cáucaso.

La tercera cruzada no logró imponer sus opciones en ese inmenso, inabarcable teatro de operaciones. Si bien en París se discutía sobre la victoria militar de los aliados en los frentes occidentales y algunas de sus consecuencias en las colonias y Oriente Próximo, en los frentes del Este todavía se intentaba ganar la guerra, aunque fuera interponiendo peo-

---

<sup>18</sup> *Ibídem*.

nes en *proxy wars*. Los periodistas, por falta de perspectiva global, y los historiadores de la época, al servicio de sus propias causas nacionales, fueron creando una historia canónica que concluía en noviembre de 1918, y ninguneaba o ignoraba el hecho de que el enorme frente del Este no se había cerrado; y que en él seguían combatiendo ejércitos enteros, sin importarles lo que se discutía en París. Pero entre 1920 y 1923, la situación evolucionó de forma que los enemigos de los aliados y en muchos casos, antiguos partidarios de los Centrales, fueron acumulando victorias hasta que, finalmente, se pudo afirmar que la Entente terminó por perder la guerra en el Este, aunque no lo certificara ningún congreso o tratado<sup>19</sup>. Y del resultado de esas guerras en las fronteras orientales de Europa surgiría, tan sólo veinte años más tarde, la Segunda Guerra Mundial.

Las causas del fracaso de la tercera cruzada tuvieron mucho que ver con la ausencia de unos planes estratégicos y políticos coherentes, fruto de la improvisación y todo ello relacionado con un exceso de autoconfianza, quizás el pecado original de las cruzadas contra Rusia. Si bien en la guerra de Crimea las cancillerías occidentales creyeron que se encontraban ante una nueva Guerra del Opio, durante la intervención en la Guerra Civil rusa volvieron a ver a esa potencia como un viejo imperio a descuartizar y repartir, como el español, el chino o el otomano. Tenían tan asumida su superioridad e infalibilidad que las ocasionales ocurrencias de tipo político podían llegar a ser esperpénticas, sobre todo si cursaban a través de la actividad de los glorificados servicios de inteligencia. Estos, en la concepción de los británicos, seguían teniendo un trasfondo aventurero ligado al contexto de expansión en el cual se habían desarrollado a lo largo del siglo XIX. De esa forma, Londres contrató los servicios de estrafalarios aventureros que actuaban por su cuenta, como Sidney Reilly, que intentó llevar a cabo un golpe de estado contra Lenin. O el ya por entonces famoso novelista y dramaturgo, William Somerset Maugham, convertido para la ocasión, ya en 1917, en agente secreto por los británicos con la misión, nada y más y nada menos, de contrarrestar las actividades alemanas para que Rusia abandonara la guerra y organizara *proxy wars* con cosacos y voluntarios checos. Los mandos militares no siempre fueron los más adecuados, y más aun teniendo en cuenta que, en ocasiones, asumieron iniciativas políticas, como el arrojado general británico y diplomático Alfred Knox, un reaccionario promonárquico convencido, que ayudó a Kolchack a dar el golpe de estado en Siberia, en noviembre de 1918, y descolocó al Foreign Office, que apoyaba al Directorio destituido<sup>20</sup>. O el también general Frederick Moore, cuyo entusiasmo igualaba su incapacidad y que hizo fracasar el desembarco del contingente estadounidense y de los Dominios en Arjanglesk, al norte de Rusia, en el verano de 1918.

Historias parecidas -aunque no tan celebradas- se produjeron en el resto de los contingentes de intervención. Pero al fracaso final contribuyó la incapacidad de los aliados por mantenerse en una guerra que no entendían bien, con unos contingentes de tropas totalmente insuficientes; en parte porque esos países salían de la Gran Guerra y sus poblaciones no estaban muy deseosas de contribuir a un nuevo esfuerzo de guerra.

## 8. TURQUÍA Y POLONIA COMO PARAPETOS

Lo mismo sucedió en Turquía; allí los contingentes de intervención -británico, francés e italiano- se retiraron conforme se consolidaba el poder de las nuevas fuerzas republicanas lideradas por el nacionalista Mustafá Kemal, que más adelante se conocería como Atatürk. La clave de este vuelco fue la derrota griega, tras una guerra de más de tres años contra los

19 Veiga y Martín, 2014: 280-281.

20 Veiga, Martín y Sánchez Monroe, 2017: 497-499.

turcos (1919-1922), apoyados aquellos por los británicos. La *proxy war* estaba destinada a que Grecia recuperara parte de Anatolia y refundara algo parecido al Imperio bizantino, algo que era visto como el afianzamiento de las fronteras orientales, en manos griegas, tras liquidar los restos del Imperio otomano. Esa operación salió mal, pero Turquía, reconvertida en república, devino una frontera estable y confiable para Europa, a partir de 1923. No era para menos: el antiguo Imperio otomano, bastión y centro del Islam, que había proclamado la guerra santa en 1914, se había transformado en una república laica, culturalmente occidentalizada, que incluso había cambiado el alfabeto árabe por el latino. Su neutralidad durante la Segunda Guerra Mundial afianzó esa posición, que quedó consolidada con su inclusión en la OTAN, ya en 1952, a lo que siguió un estrechamiento de relaciones con Gran Bretaña y los Estados Unidos, que hubieran visto con buenos ojos su ingreso en la Unión Europea, a comienzos del siglo XXI.

Por el contrario, las fronteras en el Este, surgidas de la Primera Guerra Mundial y la Revolución rusa, resultaron conflictivas y provisionales, hasta el punto de saltar por los aires, a menos de veinte años de su establecimiento. En 1919, el primer ministro francés George Clemenceau lanzó la idea del “cordón sanitario” contra la Rusia bolchevique, cuyos puntales iban a ser Polonia y Rumania. Esta propuesta tenía que ver con el proyecto *Intermarium*, lanzado por el líder de la nueva Polonia independiente, el mariscal Józef Piłsudski quien, a su vez, se basaba en un intento de resucitar la Mancomunidad de Polonia y Lituania del siglo XVI al XVIII. Yendo más allá, la nueva confederación polaco-lituano-ucraniana debería ser la base para lo que el mismo Piłsudski denominaba Prometeísmo, es decir, la lucha por la desintegración de Rusia o la Unión Soviética a partir de sus componentes étnicos. El plan, que no funcionó al caer Ucrania dentro del espacio soviético a partir de 1920, se intentó trasladar a una amplia confederación de países del Este, desde Finlandia hasta Yugoslavia y Rumania (uniendo los mares Báltico, Negro y Adriático). Mientras tanto, Francia apoyó la Pequeña Entente (compuesta por Checoslovaquia, Yugoslavia y Rumania), cuyo objetivo era vigilar y evitar una nueva expansión alemana hacia el Este; y la Entente Balcánica, ya en los años treinta, a fin de vigilar a Bulgaria y Hungría. Estuvo compuesta por Yugoslavia, Rumania, Grecia y Turquía.

Todos estos tinglados diplomáticos fueron decayendo y colapsaron hacia finales de los años treinta, porque sólo poseían el apoyo diplomático de Francia, no el militar; y también debido a las antipatías nacionalistas y cuentas pendientes entre los nuevos estados surgidos de la desintegración de los imperios, tras la Primera Guerra Mundial.

Pero la cuestión central radicaba en que todo este juego de fronteras derivaba de la incapacidad de la Entente de ganar la guerra en el Este y de pactar un acuerdo diplomático consensuado con la Unión Soviética. La arquitectura de las fronteras orientales de Europa resultó ser fruto de una serie de improvisaciones; y por ello, Hitler pronto empezó a considerar que Alemania podría expandir su *Lebensraum* hacia el Este en una combinación de diplomacia agresiva y guerras limitadas, evitando, calculadamente, una conflagración generalizada, como la que había tenido lugar en 1914<sup>21</sup>.

## 9. LA CUARTA CRUZADA CONTRA RUSIA

Esa política alcanzó su momento álgido en los acuerdos de Múnich, septiembre de 1938, cuando Hitler consiguió alterar drásticamente las fronteras de Checoslovaquia, e incluso terminar descuartizando el estado, sin disparar ni un solo tiro. Con ello, de paso, desmontó la Pequeña Entente. De mantener a los soviéticos fuera de esa ecuación se en-

21 Klein, 1959: 25-26; Taylor, 1964: 138-140 y 169.

cargaron las democracias occidentales, que ignoraron las ofertas de Moscú para defender militarmente a Checoslovaquia.

Como se sabe, esa estrategia se descontroló y llevó a la guerra con Polonia, en septiembre de 1939; y a la Segunda Guerra Mundial. Casi dos años más tarde, el 22 de junio de 1941, los alemanes lanzaron la cuarta cruzada, ahora contra la URSS. En la operación no sólo intervenían tropas alemanas, sino también rumanas, eslovacas, húngaras, finlandesas, italianas y croatas, como contingentes de sus respectivos ejércitos nacionales. Conforme pasaban los meses, la cruzada se amplió con voluntarios españoles, holandeses, daneses, belgas, franceses, noruegos, bálticos y ucranianos<sup>22</sup>.

En este caso, la estrategia de desconexión ideada por Hitler consistía en “empujar” las fronteras de Rusia hacia el Este, gobernando directamente los territorios conquistados a través de *Reichkommissariats* o administraciones militares, en vistas a planificar la instalación de explotaciones agrícolas y ganaderas gestionadas por colonos de la Europa “aria”, en especial holandeses, daneses y noruegos<sup>23</sup>.

Ese planteamiento recordaba al de los objetivos de guerra alemanes en la Primera Guerra Mundial, en los que se llegó a considerar la instauración de una serie de estados clientelares o marionetas en el Este: el Ducado de los Países Bálticos (Estonia y Letonia), Lituania, Polonia, Bielorrusia y Ucrania. La constatación de esa continuidad generó una importante polémica historiográfica a partir de la publicación del libro de Fritz Fischer en 1961: *Griff nach der Weltmacht: Die Kriegzielpolitik des kaiserlichen Deutschland 1914–1918*<sup>24</sup>. Aunque los objetivos de guerra alemanes fueron cambiantes y tendieron a centrarse sobre todo en el Oeste, en el Este se abrieron grandes posibilidades a partir de la Revolución rusa, en 1917.

Así que la cuarta cruzada compartía la filosofía y planteamientos de las anteriores, aunque los nazis le agregaran consideraciones raciales específicas. Como lo había expresado Napoleón, Rusia resultaba demasiado vasta como para que cualquier potencia o grupo de potencias que pretendiera dominar Europa pudiera manejarla o integrarla en sus planes. Por lo tanto, la solución consistía en despiezarla, reducirla y excluirla de Europa para convertirla en una potencia lejana, asiática, ajena. De otra parte, en 1941, Hitler se aprestaba a hacer el trabajo que los aliados no lograron terminar en 1920, en su tercera cruzada: destruir al amenazante régimen comunista.

## 10. SIGLO XXI: LA GUERRA SALE DE LOS MUSEOS

El desastre de la cuarta cruzada, en 1945, llevó a la desaparición del Tercer Reich. Pero eso dejó tras de sí una situación paradójica, un empate geoestratégico monumental entre los bloques liberal-capitalista y soviético, que duró más de cuarenta años y que se denominó Guerra Fría. Esta situación parecía exacerbar el viejo problema de las fronteras orientales de Europa, que ahora discurrían por el centro del Viejo Continente, concretadas, de forma muy visible por el Telón de Acero. Pero era una percepción artificiosa, porque la Guerra Fría era una confrontación global, no se circunscribía a Europa; y la victoria debería ser también a escala planetaria, no podía ser sólo localizada, porque no era territorial. Se trataba de anular al contrario y extender el propio sistema y modelo ideológico por el resto del mundo. Si la victoria se la llevaban los soviéticos, el orbe sería reorganizado en términos sociales, económicos y políticos en base a parámetros marxista-leninistas. Pero en 1991

22 Stahel, 2018.

23 Joesten, 1943: 338.

24 Fischer, 1961.

ganó el bando occidental y por lo tanto, la globalización tendría que ser liberal-capitalista. Esa operación pinchó con la Gran Recesión de 2008. Pero la globalización liberal ya llevaba plomo en las alas desde la crisis financiera rusa de 1998. Y ese fiasco tuvo mucha más importancia de lo que se quiso ver en su momento.

Para que funcionara el nuevo orden era obligado que Rusia se transformara, de antiguo enemigo ruso en aliado de los vencedores de la Guerra Fría, reconvirtiendo su sistema socioeconómico de postsoviético en neoliberal. Se trataba de repetir la estrategia de reciclaje operada tras la Segunda Guerra Mundial, cuando las derrotadas Alemania y Japón terminaron siendo firmes puntales del bando occidental en la Guerra Fría. Pero el experimento ruso fracasó; se agotó en 1998, desastrosamente gestionado por un Boris Yeltsin que, actuando como un líder populista, no logró controlar el caos económico ni concretar la promesa de un futuro político atractivo para toda la población, más allá de una cohorte de oligarcas y mafiosos.

Y así, del desastre de la interminable “terapia de choque” y las humillaciones en política exterior, infligidas en buena medida por quienes eran los nuevos aliados occidentales, surgió un presidente Putin que basó su popularidad en estabilizar la situación económica y satisfacer el lesionado nacionalismo del país, recuperando de forma implacable el prestigio de Rusia como potencia.

En consecuencia, tras la Guerra Fría, ninguno de los antiguos bandos logró construir la victoria definitiva. Los soviéticos perdieron en 1991; los americanos, a partir de 2008, cuando se empezó a comprobar que era imposible construir una globalización liberal sobre bases económicas estables.

De esa forma, las pugnas territoriales tomaron el relevo y volvieron a ser centrales, como antes de 1945. Ya no importaba convencer a la población sobre las bondades de ideologías de imposible alcance universal. Ningún programa político podía garantizar el bienestar material, el progreso social, la estabilidad económica. Lo que se impuso fue someter territorios y poblaciones por la fuerza; es decir, controlar materias primas y clientes o productores. Eliminar físicamente al otro o expulsarlo de sus tierras podía ser más interesante que convencerlo. Arruinarlo era una forma de doblegarlo y terminar comprando sus activos a bajo precio. Conforme la economía se deslocalizaba y robotizaba, las poblaciones eran cada vez más prescindibles.

Pero eso no era una nueva Guerra Fría, sino el retorno de las pugnas que empezaron a asolar al mundo desde el comienzo de la era del imperialismo, allá por el siglo XIX, lo que algunos historiadores denominan la “primera globalización”.

Llegados a este punto, con el nacimiento del siglo XXI, se volvía a plantear, de forma dramática la cuestión de las fronteras orientales en el Viejo Continente, conforme fracasaban en Israel los acuerdos de Oslo, así como el proceso de integración de Turquía en la Unión Europea; se extendían las guerras e inestabilidad social por el Oriente Medio y el norte de África, a partir de la Primavera Árabe; crecía la desafección griega ante el proceso de integración; y acontecían los primeros choques con Rusia en Georgia y Ucrania (“guerras del gas”), tensionándose la relación con Moscú, conforme la OTAN se expandía hacia el Este.

En tal sentido, es importante insistir en que todos esos conflictos ya no forman parte de una Guerra Fría “prolongada” o recuperada, sino que son manifestación de una nueva confrontación a gran escala, llámesele Estado de Guerra Permanente, Guerra por la Globalización o cualquier otra denominación sin las implicaciones ideológicas del conflicto bipolar entre 1948 y 1991. Ahora, los conflictos violentos se suceden sin parar, en casi todos los continentes y bajo formas diversas, aunque nuestros medios sólo hablan de aquellos que los atañen.



De forma reduccionista, el origen de la guerra en Ucrania se ha querido situar en febrero de 2022, cuando de hecho comenzó en la guerra abierta entre los separatistas del Donbás y las autoridades del nuevo régimen ucraniano surgido del Euromaidán, esto es, el conjunto de manifestaciones y disturbios que provocarían la caída del presidente Viktor Yanukovich en febrero de 2014. Que, a su vez, se inició por un pulso entre los partidarios de firmar con Bruselas un Acuerdo de Asociación con la Unión Europea; o de hacerlo con Rusia para la integración en la Unión Aduanera Euroasiática<sup>25</sup>. Y antes de ello, las tensiones en torno a los suministros de energía rusa, y la expansión de la OTAN hacia el Este. Es decir: dos grandes bloques hegemónicos de un mismo sistema económico capitalista, luchando por sus respectivas áreas de influencia, por sus mercados y suministradores o por su situación favorable para seguir más allá. De hecho, la guerra del Donbás ya supuso una primera intervención rusa en Ucrania, en 2014 y 2015.

Por parte rusa se hizo un intento de rescatar motivaciones ideológicas, planteando el ataque contra Ucrania como una reedición de la Gran Guerra Patriótica, esto es, la renovada lucha defensiva contra la cuarta cruzada. Desde el bando occidental también primó una estrategia defensivo-agresiva que pronto reactivó los viejos proyectos geoestratégicos, las vetustas propuestas, con fuerte olor a naftalina. Como si Napoleón hubiera vuelto a redactar de su puño y letra los bloqueos económicos como arma o llevar las fronteras de Europa lo más hacia el Este posible. El jingoísmo de los tiempos de la guerra de Crimea enlazó con el discurso sobre las hordas asiáticas y la rusofobia histórica<sup>26</sup>. Incluso se intentó revivir el anticomunismo de la cuarta cruzada identificando las intenciones rusas con una invasión de Europa para reconstruir la Unión Soviética. Reaparecieron elementos de la tercera cruzada, como el proyecto *Intermarium* bajo la nueva denominación de Iniciativa de los Tres Mares (3SI – Three Seas Initiative)<sup>27</sup>; asimismo, se reactivó el Prometeísmo en el denominado Foro de las Naciones Libres post Rusia, cuyo objetivo es descuartizar el territorio de la federación rusa en toda una serie de nuevos estados<sup>28</sup>. La presencia de la Europa atlántica ha estado presente en la actividad protagonista de los Estados Unidos y Gran Bretaña (ausente de la UE tras el Brexit), bien al frente de la OTAN, como en iniciativas diplomáticas tales como el Triángulo de Lublin (28 de julio de 2020), que unirá a Ucrania con Polonia y Lituania para la lucha contra la agresión rusa y la ampliación de la Unión Europea. Después vino el Pacto trilateral británico-polaco-ucraniano para el mutuo apoyo en materia de ciberseguridad, seguridad energética y lucha contra la desinformación, firmado el 17 de febrero de 2022, pocos días antes del ataque ruso<sup>29</sup>. Parte de estas iniciativas estaban inspiradas en las propuestas expansionistas del geoestratega estadounidense Zbigniew Brzezinski, que en su *Gran tablero mundial* (1996) proponía un eje Francia-Alemania-Polonia-Ucrania, como núcleo fundamental de la seguridad europea para más allá del 2010<sup>30</sup>. A la vez que

25 Los partidarios de ambas opciones estaban muy igualados. el 38% de la población prefería la unión aduanera con Rusia, mientras el 37.8% se decantaba por el Acuerdo de Asociación con la UE. Vid.: “Las dos Ucránias frente a Europa”, por Pilar Bonet, en *El País*, 29 de noviembre de 2014 [consultable en red].

26 Existen varios títulos destacables sobre el fenómeno de la rusofobia. Vid.: Diesen, 2022; Mettan, 2017; Tsygankov, 2009; Gleason, 1950.

27 Vid. el portal: <https://3seas.eu/>. También: “Intermarium in the 21st Century”, *The Institute of World Politics*, December 23, 2020. Esto es, poco más de un año antes del comienzo de la guerra en Ucrania. Se puede leer este informe en: <https://www.iwp.edu/articles/2020/12/23/intermarium-in-the-21st-century/>.

28 Vid. portal en: <https://www.freenationsrf.org/>.

29 “Ukraine, UK, Poland announce security pact amid heightened tensions”, by Sebastian Sprenger, in *DefenseNews*, Feb. 17, 2022 [consultable en red].

30 Brzezinski, 1998: 92, mapa 3.3.

hacía propuestas muy concretas para integrar a Ucrania en la OTAN y la UE a fin de convertir a Rusia en una potencia predominantemente asiática, aislada y expuesta continuos conflictos con sus vecinos<sup>31</sup>.

Hay base para sospechar que estamos ante una nueva quinta cruzada, en base, como sucedió en las anteriores, a las oportunas alegaciones defensivas. Argumentaciones defensivas que, por cierto, también maneja el gobierno de la ultraderecha israelí en su desproporcionado ataque contra los palestinos de Gaza, iniciado en el otoño de 2023<sup>32</sup>. Pero ello queda a juicio del lector.

Con el paso del tiempo, llegará un momento en el que confundir los verbos “justificar” y “explicar”, en relación con el origen de la guerra en Ucrania, resultará tan extemporáneo como discutir ahora sobre si fue Bismarck, o bien Napoleón III, quién comenzó la guerra franco-prusiana de 1870. Aunque se haya olvidado hoy en día, fue Francia quien atacó y Prusia quien se “defendió”. Pero si tomamos en consideración las maquinaciones de Bismarck y el célebre incidente del telegrama de Ems, podemos argumentar exactamente lo contrario. Aun así, lo importante no es eso, sino los resultados de esa contienda: la caída del Imperio francés, la unificación alemana y el desplazamiento del centro de la política europea a Berlín, en detrimento de París, durante los siguientes cincuenta años.

En nuestros días, lo que resulta importante es considerar que, en un nivel de pugna a escala realmente global, ese desconcertante enfrentamiento en las fronteras orientales de Europa y que abarca desde los Campos Salvajes hasta Oriente Próximo, se debate en una imposible huida hacia pasado. Napoleón escribió que su plan era enviar a Rusia a algún lugar “donde nos hubiera sido tan indiferente como la del reino de Tíbet”. Pero en el mundo globalizado de nuestros días, lo que suceda en Tíbet ya no nos puede resultar indiferente. En 2015, las oleadas de refugiados que escapaban de la guerra en Siria y Afganistán atravesaron las supuestas fronteras orientales de Europa provocando una crisis que Krastev no dudó en calificar como “el 11-S de Europa”<sup>33</sup>. Por lo tanto, la globalización liberal ha redefinido y hasta borrado los viejos límites políticos, alumbrado nuevas relaciones transversales y vasos comunicantes. Volver a pelear en los Campos Salvajes supone resucitar un vetusto problema, pero no precisamente para solucionarlo, ni para reordenar el resto del mundo.

## BIBLIOGRAFÍA

- ARNOLD, T. W. (2000): *The Caliphate*, Oxford & New York, Oxford University Press (1ª Edición, 1924).
- BAYLY, C. A. (2010): *El nacimiento del mundo moderno, 1780-1914*, Madrid, Siglo XXI.
- BINKLEY, R. C. (1963): *Realism and Nationalism, 1852-1871*, New York, Evanston and London, Harper Torchbooks.
- BITIS, A. (2005): “The 1828–1829 Russo-Turkish War and the Resettlement of Balkan Peoples into Novorossia”, *Jahrbücher für Geschichte Osteuropas*, Neue Folge, 53 (4), 506-525.
- BONAPARTE, N. (2022): *Memorias de Napoleón escritas por él mismo: Seguidas de Máximas y pensamientos del prisionero de Santa Elena*, Desván de Hanta, Kindle Ed.
- BOUKOVSKY, V. (2005): *L'Union européenne, une nouvelle URSS?* Mónaco, Eds. du Rocher.

31 *Ibidem*: 99 y 126-127.

32 En septiembre de ese mismo años, Azerbaiyán lanzó una operación militar “antiterrorista” contra unas supuestas provocaciones armenias en Nagorno-Karabaj, que terminaron con la invasión y limpieza étnica del territorio.

33 Krastev, 2019: 23.

- BROTTON, J. (2003): *El bazar del Renacimiento. Sobre la influencia de Oriente en la cultura occidental*, Barcelona, Paidós.
- BRZEZINSKY, Z. (1998): *El gran tablero mundial. La supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos*, Barcelona, Paidós.
- DIESEN, G. (2022): *Russophobia, Propaganda in International Politics*, Palgrave MacMillan.
- FRANKOPAN, P. (2016): *El corazón del mundo. Una nueva historia universal*, Barcelona, Crítica.
- FISCHER, F. (1961): *Griff nach der Weltmacht: Die Kriegzielpolitik des kaiserlichen Deutschland 1914–1918*, Düsseldorf, Droste Verlag,
- GLEASON, J. H. (1950): *The Genesis of Rusophobia in Great Britain. A Study of the Interaction of Policy and Opinion*, Cambridge, Mass., Harvard University Press.
- GOFFMAN, D. (2002): *The Ottoman Empire and Early Modern Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, Kindle Ed.
- HOPKIRK, P. (2006): *The Great Game. On secret Service in High Asia*, Londres, John Murray, Kindle Ed.
- JOESTEN, J. (1943): "Hitler's Fiasco in the Ukraine", *Foreign Affairs*, 21 (2), 331-339
- KENNEDY, P. (2006): *Auge y caída de las grandes potencias*, Barcelona, Random House Mondadori.
- KLEIN, B. (1959): *Germany's Economic Preparations for War*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press.
- KRASTEV, I. (2019): *Europa después de Europa*, Valencia, Universitat de València, Kindle Ed.
- KRASTEV, I. y HOLMES, S. (2019): *La luz que se apaga*, Barcelona, Debate, Kindle Ed.
- LANE, D. y SAMOKHVALOV, V. (eds.) (2015): *The Eurasian Project and Europe. Regional Discontinuities and Geopolitics*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, Kindle Ed.
- LIEVEN, D. (2009): *Russian against Napoleon. The Battle for Europe, 1807 to 1814*, London, Allen Lane / Penguin Books.
- MAYER, A. (1984): *La persistencia del Antiguo Régimen*, Alianza Editorial, Madrid
- MACKINDER, H. J. (2004): "The Geographical Pivot of History, 1904", *The Geographical Journal*, 170 (4) [Edición facsímil del artículo original].
- MAZOWER, M. (2021): *The Greek Revolution: 1821 and the Making of Modern Europe*, Londres, Penguin. Kindle Ed.
- MCMEEKIN, S. (2011): *The Russian Origins of the First World War*, Cambridge, Mass, The Belknap Press of Harvard University Press, Kindle Ed.
- METTAN, G. (2017): *Creating Russophobia. From the Great Religious Schism to Anti-Putin Hysteria*, Atlanta, Clarity Press.
- OZAVCI, O. (2021): *Dangerous Gifts. Imperialism, Security and Civil Wars in the Levant, 1798-1864*, Oxford, Oxford University Press, Kindle Ed.
- PLOKHY, S. (2001): *The Cossacks and Religion in Early Modern Ukraine*, Oxford & New York, Oxford University Press.
- RENOUVIN, P. (1998): *Historia de las relaciones internacionales (siglos XIX y XX)*, Madrid, Akal.
- SAHNI, K. (1997): *Crucifying the Orient. Russian Orientalism and the Colonization of Caucasus and Central Asia*, Oslo/Bangkok, White Orchide Press / The Institute for Comparative Research in Human Culture.
- STAHEL, D. (2018): *Joining Hitler's Crusade. European Nations and the Invasion of Soviet Union, 1941*, Cambridge, Cambridge University Press, Kindle Ed.
- STRAKHOVKY; L. I. (1931): "The Franco-British plot to dismember Russia", *Current History*, 1 de marzo de 1931, 839-842.

- TAYLOR, A. J. P. (1964): *The Origins of the Second World War*, Londres, Penguin Books.
- (2013): *The Struggle for Mastery in Europe, 1848-1918*, Oxford, Oxford University Press.
- TSYGANKOV, A. P. (2009): *Russophobia. Anti-Russian Lobby and American Foreign Policy*, Londres, Palgrave Macmillan.
- VEIGA, F. (2002): *La trampa balcánica*, Barcelona, Grijalbo-Mondadori, 2ª ed.
- (2023): “De cómo Europa pierde las guerras y no gana las paces, 1973-2022”, ponencia en el XVI Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea, Logroño, 7-9 de septiembre, 2023.
- VEIGA, F. y MARTÍN, P. (2014): *Las guerras de la Gran Guerra, 1914-1923*, Madrid, La Catarata.
- VEIGA, F., MARTÍN, P. y SÁNCHEZ MONROE, J. (2017): *Entre dos octubres. Revoluciones y contrarrevoluciones en Rusia (1905-1917) y guerra civil en Eurasia*, Madrid, Alianza Editorial.